

vivos: en este caso no es aplicable vuestra cláusula.

—Os engañáis, señor Duque. Mi cláusula, por el contrario, es muy aplicable á ese caso. En otro tiempo tuve en Nápoles una cuestión personal con un capitán de vuestro país, caballero, y ocurrió lo que acabáis de decir. Mi adversario y yo caímos gravemente heridos, pero muy vivos: entonces en el mismo terreno nos levantaron una tienda, en la que pasamos el tiempo necesario para restablecernos. Á las tres semanas continuamos nuestro interrumpido combate; y puesto que tengo el honor de hablaros en este momento, comprenderéis, señor Duque, que el cuerpo del capitán español yace en aquel punto.

—Muy bien, caballero. ¿Pero cuál es en Venecia ó fuera de Venecia el terreno que elegís?

—Tengo, señor Duque, una casa con jardín detrás de la iglesia de San Silvestre, á orillas del canal; el jardín es grande, abrigado por todos lados y decente; si no os es sospechoso porque me pertenece, lo pongo completamente á vuestra disposición.

—Á las seis de la mañana, capitán, estaremos allí. He aquí mi mano.

—He aquí la mía, señor Duque, y ¡salud á todos!

Dicho esto, Vespasiano giró sobre los talones y salió de la sala.

Los convidados, hombres y mujeres, comprendiendo que la alegría había desaparecido por aquella noche, le siguieron; y poco después Luca Dolci marchó á su casa con D. José para arreglar, según dijo, sus asuntos, pero en realidad para sustraerse al recuerdo del crimen y de la afrenta de que las paredes de aquella casa le hablaban elocuentemente.

## IX.

## VELANDO LAS ARMAS.

Luca y D. José caminaron en silencio, y cuando llegaron al palacio subieron sin hablar la oscura escalera adornada con los blasones de la familia. Precediales un lacayo con una antorcha en la mano, y deteniéndose en lo alto de la escalera, esperó las órdenes de su amo. Luca, en vez de dirigirse á la cámara, abrió una puerta que daba entrada á una galería corta, de arquitectura severa, llamada galería de los antepasados, por los retratos que la adornaban. Don José le siguió sorprendido, porque había observado que Luca, des-



de su cambio de vida, había evitado, por una ó otra razón, pisar aquella galería que antes era su sitio predilecto. Á una señal de Luca, el lacayo encendió uno de los candelabros sostenidos por manos de bronce que salían de la pared, y se retiró.

Entretanto Dolci cargaba un par de pistolas que había descolgado de una panoplia.

Dos filas de sillones de encina decoraban los lados de la galería. Luca se sentó en uno y don José ocupó otro enfrente.

—Don José—dijo entonces Luca—este sitio es solemne como la hora en que os hablo. No sé qué habrá pasado en vos desde que nuestras dos almas se perdieron de vista, y por vuestra parte no estaréis mejor informado relativamente á mí. Dignaos, pues, decirme si en conciencia estáis dispuesto á escuchar mis palabras como dichas por un hombre de honor y brotando de un corazón leal.

—En este sitio y á esta hora, de vos á mí, sí—contestó D. José.

—Creeréis, pues, sin reserva que os hablo con franqueza, y me contestaréis de la misma manera.

—Sí, messer.

—Pues bien; sabed que, salva vuestra opinión, no pienso batirme.

—¿Cómo?—exclamó D. José estupefacto.

—Vais á saberlo—repuso Luca Dolci.—Me habéis seguido en mi vida de desórdenes, y lo he consentido; cosa convenida era que seríamos impíos y libertinos. Muy bien. Pero no convinimos jamás en ser infames, Duque: desde el momento en que yo lo he sido, no os liga conmigo ninguna promesa, y en una palabra, sois libre. Si me servís de segundo en este duelo, os convertiréis en sostenedor y cómplice de lo que he hecho. Esto no es justo, y declaro que tenéis derecho para negarme vuestro auxilio, para rechazar mi querella, y declaro además que tal es vuestro deber y que yo lo haría así en vuestro caso. Pero como os repugnaría sin duda la idea de dejarme acudir solo al combate, he decidido no batirme. Voy á escribiros ahora mismo una carta en que expondré todo esto, y en seguida me voy á saltar la tapa de los sesos con una pistola de esas, y si sobrevivo, vos me remataréis con la otra. Esto os propongo, y habéis prometido creer en mi buena fe. Esto es lo que os propongo, y repito que en vuestro lugar aceptaría.

—En cuanto á eso, messer, mentís—dijo fríamente D. José.

Luca Dolci no replicó; permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho, y le-



vantándose bruscamente al fin, descolgó de la panoiía dos espadas de esgrima.

—En ese caso, veamos—dijo;—tenemos dos horas aún: tiremos las armas. No es ésta noche de dormir. El asunto no tiene nada de agradable, ¡no á fe mía! ¡nada de agradable! Bromea el que quiera mañana; mas ¡por Dios que no he de ser yo! ¡Ah! ¡ah! ¿qué estoy diciendo?..... Creo, querido Duque, que hace algún tiempo se permite mi espíritu algunos paseos fuera de mi cabeza, y si vuelve á ella es solamente por costumbre: que pierda esta rutina, y héteme loco de atar.

—Vamos, Luca—dijo D. José cogiendo la mano al joven:—¿tenéis miedo acaso?

—¡Miedo! ¿de qué? ¿de morir? ¡Bah! ¡no hay dos infiernos! y suponiendo que haya uno, me encuentro en él, querido.....—Dicen que ese Vespasiano es gran tirador.

—Gritti es más peligroso—dijo D. José;—tiene más sangre fría.

—Caliente ó fría, pronto veré su color. En cuanto á vos, paráis admirablemente, lo he observado; pero no atacáis nunca, y en este caso.....

—No me gusta hacer heridas mortales, y cuando se ataca no se puede contener el golpe.

—En buena hora. Pero si en este lance os en-

tretenéis en parar, os encontraréis embotado de pies á cabeza antes de que ese coloso tenga siquiera calor. Atacadle vigorosamente de punta, y no retrocedáis ni una pulgada. No la echéis de magnánimo en esta ocasión, amigo mío. Estocadas, nada de tajos, y procurad derribarle al segundo asalto. Ahora, veamos: colocaos contra la pared. ¡Bien! ¡atacad! ¡por vuestra vida, atacad!

Y diciendo esto, Luca cruzó el hierro con don José, que, dócil al consejo que acababa de darle su amigo, le tiró rápidamente dos ó tres estocadas que, no obstante su consumada habilidad, paró con trabajo.

—¡Bien!—exclamó, enardeciéndose poco á poco;—lo esperaba; y á no ser así, me hubierais tocado. Pensad ante todo que es necesario concluir pronto. ¡Así! ¡cuerpo á cuerpo! ¡hacedle comer vuestra guardia! De esta manera no hay coloso que resista. Cara contra cara, Duque, y no olvidéis la mano izquierda. ¡Peinadle la barba con la daga! ¡Hola! ¡sangre de Barrabás! me habéis tocado.—¡A vos!—¿No? Pues bien, será con ésta.

Y enardeciéndose Luca con el juego, se tiró á fondo sobre su amigo, y su espada, rozándole ligeramente el hombro, se rompió contra la pared, después de atravesar uno de los retratos colgados



en ella. Al verlo palideció Luca más aún que de costumbre; soltó la espada y quedó inmóvil con los ojos fijos con espanto en el trozo de acero que temblaba clavado en el lienzo y la pared.

—¿Qué ocurre?—exclamó D. José.

Luca le mostró con el dedo el cuadro horadado por la espada, y D. José vió, al volverse, que era el retrato de la madre de Luca y que el hierro había agujereado el pecho en el sitio del corazón.

Luca Dolci continuaba con la mano tendida, como petrificado, en dirección del retrato, temblando y con los ojos extraviados; entreabriéronse sus agitados labios y entrechocaron sus dientes.

—¡Luca! ¡Luca!—exclamó D. José tratando de asir la rígida mano de su amigo.

Pero Dolci lo rechazó suavemente.

—¡Morirá!—dijo en voz baja.—¡Miradla! ¡Morirá, sí, y bien sabe Dios que no lo merecía!... Sin duda corre la sangre por dentro, porque no la veo, y no es extraño, porque la estocada es á fondo.—Vedlo, caballero, vedlo; yo no me atrevo á acercarme. ¡Qué estocada! ¡Qué estocada tan soberbia! ¡Pero es una mujer! ¡Esa es la desgracia! ¡Es una mujer!

—¡Dios poderoso!—exclamó D. José.—¡Se vuelve loco!

—Escuchadme—continuó diciendo Luca;—acercaos más.... más aún.

Y atraía á D. José sobre su pecho; en seguida acercó la boca á su oído y murmuró muy bajo y con plañidero acento:

—¡José, tengo miedo!

En el acto, cual si le espantase lo que acababa de decir, retrocedió precipitadamente cuatro pasos, lanzó agudo grito y cayó sobre el mármol, rodó y se retorció con espantoso estertor. Las convulsiones cesaron al fin, y quedó rígido é inmóvil sobre las losas. Don José se arrodilló entonces á su lado; gotas de sudor caían de su frente sobre el livido rostro de Luca; cogióle las manos y lo llamó varias veces, pero Luca no dió señales de vida.

En aquel momento dieron las cinco: D. José se estremeció y se levantó; cogió de la mesa donde las había colocado Luca, las dos pistolas, y las armó.

—¡Una hora aún!—murmuró;—menos de una hora, porque se necesita tiempo para llegar allá. Pues bien; si dentro de una hora no está dispuesto, sé lo que debo hacer: esta para él, y la otra para mí.

En seguida el rígido joven comenzó á pasear por la galería, deteniéndose de tiempo en tiempo



para humedecer con agua las sienas de Luca, que continuaba desmayado.

Mientras pasaban estas cosas en el palacio Dolci, Miguel Gritti se había reunido con el caballero Vespasiano, marchando los dos á la vieja casa del caballero, cuyo jardín había de servir de campo cerrado al amanecer. Hasta aquella noche jamás había puesto los pies Miguel Gritti en la humilde morada de su amigo. Desde el día en que le sorprendió pescando con caña, oprimíasele el corazón al pensar en la estrechez habitual con que el caballero compraba el honor de figurar á su lado en la alta sociedad; pero siempre había evitado cuidadosamente aludir á aquella estrechez, comprendiendo que un hombre como el caballero todo lo soportaría con gusto, menos la compasión. Háblale dejado, por consiguiente, vivir á su antojo como en el pasado, y Vespasiano, aunque nada decía, no dejaba de conocer que aquella delicadeza de su noble amigo había aumentado el cariño y abnegación que por él sentía en el fondo de su pecho.

Vespasiano cogió á Miguel por la mano para guiarle en la obscuridad hasta la habitación principal de su casa; diciéndole en seguida que no se moviese hasta su regreso, marchó á encender una antorcha en el farol que ardía en la calzada delante

de una Virgen, y volvió á clavarla en una escarpia de hierro. A la vacilante luz de la antorcha vió Gritti el pobrísimo menaje de aquella casa. Las cuatro paredes, caprichosamente grieteadas por la humedad, no tenían otro adorno, además de las escarpias, que media docena de armas de mano, sables moriscos, daimoras escocesas y largas espadas españolas formando trofeo. En un rincón estaban las cañas de pescar. Una estera de junco colocada en otro extremo y una maleta de piel de vaca puesta á guisa de almohada, indicaban que el caballero utilizaba como lecho aquellos objetos. Cuando Miguel Gritti comprobó la existencia de una mesa y escabeles de madera en medio de la habitación, nada tuvo que ver ya en ella.

Vespasiano había seguido con visible contrariedad los ojos de Miguel Gritti durante aquel breve examen.

—Pasaréis una noche de vivac, noble Miguel—dijo con sonrisa que desmentía la emoción de su voz.

—Esta es la casa de un amigo—contestó Miguel.

Y se volvió bruscamente, tosiendo cual si se le obstruyese la garganta. En seguida se soltó la hebilla del cinturón y fué á colocar la espada junto á la pared.



Cuando volvió á la mesa, vió al caballero Vespasiano, que había permanecido de pié en el mismo sitio, acariciándose el bigote con extraña precipitación. Al encontrarse las miradas de los dos jóvenes, los ojos del pobre caballero dejaron escapar gruesa lágrima que corrió lentamente por su morena mejilla. Gritti le cogió la mano, y estrechándola con fuerza:

—¡Vamos! ¿Acaso os avergonzáis de ser pobre delante de mí?—le dijo.

—No, no, messer—contestó Vespasiano comprimiendo lo mejor que podía su emoción;—no, esto no es vergüenza..... No sé lo que es..... Pero, mirad, vos mismo estáis conmovido, y por más que me parezca inexplicable, ya veis que la cosa es muy natural.

—Muy natural, sin duda—dijo Gritti.—Vamos, amigo mío—añadió después de una pausa—sentémonos; á menos que no prefiráis acostaros. Por mi parte, no me siento con deseos de dormir esta noche.

—En ese caso, noble Miguel, esperadme—dijo Vespasiano.

Y en seguida salió de la habitación, volviendo dos minutos después con un frasco de forma extraña y dos vasos.

—¡Bravo!—exclamó alegremente Miguel.—¿Qué filtro traéis ahí, caballero?

—Probadlo—dijo Vespasiano, llenando un vaso que dió á su amigo y sentándose al otro lado de la mesa en el segundo escabel.

—Divino, pero desconocido—contestó Miguel, después de vaciar el vaso con recogimiento.

El rostro de Vespasiano se dilató al escuchar la respuesta.

—Pues sabed que el padre despensero del convento de la Misericordia, en Smirna, me dió dos ó tres de estos frascos de vino del Carmelo.

—¡Muy bien! Gusta beber el vino con que se achispaba Matusalén á los ochocientos cincuenta y ocho años.

—¿Se achispaba verdaderamente á esa edad, noble Miguel?

—Al menos es agradable creerlo, amigo mío.

—¡Buena vejez, messer! pero desgraciadamente ya no se alcanza en nuestros días. Digo desgraciadamente, porque no me acostumbro á la idea de envejecer; y sin embargo, es lo que me sucede cada mañana y cada noche. Creo, noble Miguel, que moriré de tedio en un sillón de sexagenario.

—Dios todo lo ha hecho bien, Vespasiano. Los ancianos tienen goces que ni siquiera sospechan



los jóvenes. Muchas veces he visto viejos sentados en sus puertas y parecían dichosos.

—Sí, á fe mía, yo también lo he observado. Pero las viejas siempre tienen humor diabólico; así es que si tuviese que ser vieja alguna vez, ¡por las trescientas mil!....

Y Vespasiano concluyó la frase dando una palmada en la mesa; porque sus amigos, y especialmente Miguel, se divertían interrumpiendo al buen caballero en esta parte de su formidable juramento; de suerte que había adquirido la costumbre de no terminarlo, y nadie conocía el final.

—Pero, en fin—dijo Miguel invadido por repentina curiosidad—por las trescientas mil..... ¿qué?

—¡Por las trescientas mil vírgenes, canario!

—¡Dios de mi vida! ¿dónde están?—exclamó Miguel.

—Pues en Colonia—contestó tímidamente Vespasiano, comenzando á inquietarse.

—¡Pero, hombre! ¡son once mil y no trescientas mil, Vespasiano!

—¡Once mil! ¿es posible, noble Miguel?—replicó el caballero estupefacto.

—Mucho más posible que trescientas mil, amigo mío.—Deciais que os contrariaría llegar á ser

vieja, accidente poco probable por cierto..... Pero, ¿qué es eso que entra por la ventana?

—La luna, messer.

—Creía que habían echado á la habitación un pedazo de lienzo blanco. Pero, sí, es la luna..... ¿Creeréis, Vespasiano, que nunca contemplo esa pálida claridad sin pensar en las almas de los muertos?

—¿Por qué?—preguntó el caballero.

—Sería cosa muy agradable—continuó diciendo Miguel sin separar los ojos de la blanca luz—sería cosa muy agradable para los que sobreviven, que aquellos que partieron habitasen ese mundo que parece mirarnos con benevolencia. ¡Se presenta tan cerca de nosotros en estas limpidas noches!.... La muerte no sería más que una ausencia..... Os suplico, caballero, que preguntéis á Julia si piensa así, y si lo permite la religión.

—¿Y por qué diablo, noble Miguel, no se lo habéis de preguntar vos mismo?

—Sí, yo se lo preguntaré—dijo Miguel con distracción.

—¡Caramba, messer! ¡quisiera tener un apagador bastante grande para calárselo á esa maldita luna hasta la barba! Palabra de honor, no os reconozco hace algunos minutos. Un rayo de luna



os encanta la vista hasta el punto de que parecéis un santo mal resucitado. Añadid á esto que me estáis hablando del otro mundo.

—Verdad es que no me encuentro como de costumbre, amigo mío. Experimento inaudito bienestar y admirable ligereza de espíritu y corazón. Parece que tengo ya un pie en el Paraíso, y en realidad, mañana entraré en él. Amo muchísimo á esa niña, Vespasiano.

—Y yo también, messer.

—No puedo pensar sin terror en lo que hubiese podido ocurrir de retrasar solamente algunas horas nuestro regreso. Y sin embargo.....

Miguel se detuvo é inclinó la cabeza con ademán pensativo.

—¿Y sin embargo?.....—preguntó Vespasiano.

—No puedo odiar á ese joven, y me batiré con él sin cólera y sin rencor. Esta es la verdad.

—¿Sin rencor, messer? ¿Es posible?

—Decidme, Vespasiano, ¿comprendéis algo de su conducta?

—Comprendo que es infame hasta el último grado.

—Sin duda. Pero tengo una idea que no puedo abandonar, y es, que ese joven no es responsable de sus acciones.

—¿Queréis decir que está loco?

—Escuchad, caballero: solamente un enemigo mortal mío ha podido armar á Julia tan odiosa celada. Ahora bien, ese joven no es enemigo mío en ningún concepto. No es él, Vespasiano, quien nos disparó un pistoletazo cierta noche.

—¿Sabéis que tenéis un enemigo, noble Miguel?

—Sí; siento un odio que pesa sobre mí; pero no es el odio de ese niño. Le maltraté mucho en el primer momento; pero á medida que reflexiono, solamente me inspira compasión.

—¿Cómo, demonio! ¿Sabéis que existe un hombre que se entretiene en dispararos pistoletazos y otras lindezas, y le dejáis dormir tranquilamente?

Reinó un momento de silencio y sonó el reloj de una iglesia inmediata.

—¿Qué hora es, Vespasiano?—preguntó Miguel.

—Las seis; la hora convenida: he aquí el día.

Gritti se levantó y comenzó á pasear por la habitación.

—Después de todo, es posible que no vengan—murmuró.

—¿Por qué, messer? He oído decir que en cuanto á valor, ser Luca y su amigo estaban al abrigo de toda sospecha.



—Ya os he dicho, caballero, que, en mi opinión, ese joven no es libre en sus acciones.

—¿Creéis, pues, Miguel, que ser Luca es agente de ese enemigo que conocéis?

—Así lo creo; tanto más, cuanto que todo lo que sé de ese niño me lo hace juzgar débil y extraordinariamente apasionado. A todo esto, ya es de día y no viene nadie. Siento mucho, Vespasiano, tener que batirme seriamente con ese joven.

—Hacéis mal, en verdad, Miguel: nada excusa lo que hizo, ni aunque le poseyese el diablo. Pero lo que no me explico es que vos, conociendo á un enemigo tan mortal como decís, y que parece demostrarlo la bala con que nos obsequió una noche, dejéis que ese personaje viva tranquilo.

—¿Recordáis, Vespasiano?..... Creo que no vendrán ya. Había tanta vergüenza mezclada á la cólera de ese joven, que no me extrañaría se hubiese hecho justicia por su mano. ¿Recordáis, os decía, aquella mañana que vimos la góndola de ser Luca llena de pronto de flores por mano misteriosa?

—¡Oidme!—exclamó Vespasiano, guiñando los ojos, abriendo la boca y poniéndose el índice sobre la nariz para dar á su rostro toda la agudeza que

podía tener.—¡Oidme! ahora comprendo; aquella mano es.....

Dos golpes dados en la puerta interrumpieron bruscamente al caballero. Miguel Gritti frunció el ceño y fué á coger la espada al rincón donde la había colocado, ajustóse el cinturón, y Vespasiano abrió la puerta.

Luca Dolci y D. José entraron entonces.

## X.

LAS FLORES QUE BROTABAN EN EL JARDÍN  
DE VESPASIANO.

—Señores—dijo al entrar D. José de Frías—nos hemos retrasado un poco; pero nos perdonaréis en atención á que hemos andado largo rato sin encontrar la casa.

—No importa, señores, no importa—contestó Vespasiano;—podemos disponer de todo el día.

Y abriendo en seguida una puerta que daba al jardín:

—Pasad, señores, pasad, os lo suplico; ved si os agrada el sitio.

Mientras Luca Dolci y D. José accedían á la invitación, Miguel Gritti quedó solo con el caba-